

FRANCISCA SOLAR

# Bluebells

*Hyacinthoides non-scripta*



—¡Mire, señorita! —exclamé, señalando un rincón bajo las raíces de un árbol retorcido—. El invierno aún no ha llegado. Ahí hay una florecita, el último capullo de la multitud de *bluebells* que en julio cubrieron las praderas como una nube de color violáceo. ¿Quiere usted cogerla para llevarla a su padre?

Cathy miró mucho rato la solitaria flor que temblaba en su refugio terrenal, y finalmente respondió:

—No, no la tocaré. Pero luce melancólica, ¿no es así, Ellen?.

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

El señor Weston llevaba un ramito de preciosas *bluebells* en la mano, las que me ofreció con una sonrisa, comentando que, aunque me había visto tan poco en los dos últimos meses, no había olvidado que se contaban entre mis flores favoritas.

ANNE BRONTË, *Agnes Grey*



23 de julio de 1834

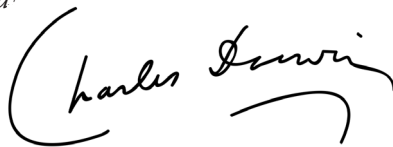
*Durante la noche el Beagle echa el ancla en la bahía de Valparaíso, principal puerto de Chile. Al amanecer nos encontramos en cubierta. Acabamos de abandonar Tierra del Fuego; ¡qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece todo esto aquí: tan transparente es la atmósfera, tan puro y azul es el cielo, tanto brilla el sol, tanta vida parece rebosar la naturaleza!*

*Hacia el nordeste hay una vista espléndida de los Andes. Qué admirable espectáculo el de esas montañas que se destacan sobre el azul del cielo y cuyos colores revisten los más vivos matices en el momento en que el sol se pone en el Pacífico.*

*Doy largos paseos por los alrededores de la ciudad, buscando objetos interesantes desde el punto de vista de la historia natural. ¡Qué admirable país para recorrer a pie! ¡Qué espléndidas flores!*

*Como en todos los países secos, hasta los zarzales son especialmente olorosos; nada más que de atravesarlos queda el traje perfumado. Yo no cesaba de extasiarme cada día viendo que hacía mejor tiempo que la víspera.*

*¡Qué enorme diferencia aporta un hermoso clima en la felicidad de la vida!*

A handwritten signature in dark ink, reading "Charles Darwin". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, sweeping initial 'C' and a long, horizontal flourish at the end.



# I

23 de julio de 1834

*Oficinas consulares, calle Esmeralda, Valparaíso*

Laura Villa-Smith había entregado su carta de recomendación al joven secretario del cónsul francés hacía al menos cuarenta minutos. Veía al muchacho entrar y salir de oficinas conectadas por grandes puertas de vidrios biselados, frunciendo el ceño y agitando el papel en su mano con incomodidad, como si necesitase un diccionario para entenderlo. Cuchicheaba con otros dependientes y, después de un momento de silencio, regresaba al salón de espera para hacer a Laura las mismas dos preguntas cada vez. Luego volvía a perderse tras las puertas y los susurros. Era un funcionario chileno, no había duda por el sonsonete de su acento, pero también era indudable que provenía de alguna rica familia inmigrante con vacantes aseguradas en cualquier oficina de cooperación europea. Nadie tan inexperto podría ser secretario general del cónsul de Francia en el puerto de Valparaíso, el más importante de Chile, a menos que tuviese el apellido adecuado.

Y ahí venía otra vez.

—Entonces... —comenzó a reiterar, golpeando el papel con un nudillo y sin detenerse en el gesto cansado de Laura— aquí dice que usted es parte de la tripulación del HMS *Beagle*, el cual acaba de recalar...

—Así es.

—Parte de la tripulación *profesional*...

—Es correcto.

Observó nuevamente la carta, sin leerla realmente, y con la misma incredulidad la miró a ella sin pestañear, deslizando los ojos a través de su sombrero *poke* de paja trenzada, su sencillo vestido de lino grueso con pelerina y botas de puntas gastadas.

—¿Una mujer?

Ella suspiró y bajó los hombros, sin soltar su bolso de viaje.

—Tal como le he mencionado, en lo único que el cónsul debe reparar es en las firmas del capitán Robert Fitz-Roy, comandante de la Marina Real Británica, y del señor Charles Darwin, jefe de la expedición científica. Ambos describen con detalle mis servicios y el buen desempeño de mis habilidades. Tengo plena confianza en que tanto el cónsul como *monsieur* Gay sabrán valorar mi experiencia para algún puesto temporal.

El tipo realizó nuevamente ese gesto de desprecio que ya se había hecho hábito y volvió a una de las oficinas arrastrando los pies. Entonces Laura echó su cabeza hacia atrás, inspirando profundo para no caer derrotada ante tal desasosiego.

Miró hacia el sillón de la sala de espera, pero decidió no seguir ahí. Necesitaba respirar. Afuera, en el amplio pasillo que conectaba las oficinas consulares de Gran Bretaña, Prusia, Portugal y Francia, había un hermoso *bow-window* —muestra inequívoca de la influencia británica en la arquitectura local— y quería aprovechar la luz de la tarde. Estaba segura de que si el secretario necesitase preguntarle exactamente lo mismo por enésima vez, le tomaría treinta segundos encontrarla.

Salió y se sentó en una silla junto a la cornisa interna del ventanal. Desanudó la cinta bajo su mentón, se quitó el sombrero y cerró los ojos. Por las débiles notas cítricas que se inmiscuían en el aire limpio creyó identificar *Peumus boldus* en las cercanías. Era un árbol endémico chileno, por lo que jamás lo había visto más allá de las ilustraciones en el libro del abate Juan Ignacio

Molina. ¿Será tan alto como lo describen? ¿Estaría la suerte a su favor para encontrar ejemplares macho y hembra? Especies dioicas como el boldo eran siempre atractivas de analizar y...

Sacudió la cabeza, a riesgo de que se desordenasen (aún más) los rizos en su coronilla. Tenía que enfocarse; ya habría tiempo para caminar por la campiña y corroborar su olfato. Debía recordar continuamente que no podía iniciar nuevos trabajos mientras tuviese otros pendientes, pero en cada puerto había algún nuevo arbusto, fruto o flor que los británicos conocían únicamente a través de añosos libros extranjeros y el análisis vivencial poseía un extraordinario nivel de seducción, difícil de eludir. Ni qué decir si el universo les ponía en el camino una especie que no remitía a ningún taxón o basónimo antes declarado... Ese descubrimiento lograba transformar a serios científicos en niños con sonrisa de Navidad y, gracias a la expedición consentida por Su Majestad el rey William, Laura ya tenía dos o tres de esas experiencias en el cuerpo. Sentía electricidad en sus pies solo de recordarlo.

Abrió discretamente su bolso —manipular pertenencias femeninas en espacios públicos se consideraba de pésimo gusto, aunque ella desatendía el porqué de tanta alharaca— y extrajo su portafolio de papel de cáñamo forrado en cuero. Luego estiró su estuche de herramientas sobre la cornisa, un bulto también de cuero que, al desenrollarse, exhibía cada lápiz y pincel en su propio diminuto compartimento. Tamborileó sus dedos en el aire mientras observaba las tres tonalidades de verde de sus crayones Lemercier hasta que escogió uno. El más oscuro. Lo tomó por el borde de papel encerado —manipular un crayón *desnudo* dejaba manchones en la piel que no desaparecían en días— y se inclinó hacia la doble página abierta sobre su falda, donde una planta de hojas largas figuraba a medio pintar.

Laura se mordió un poco los labios al comenzar a deslizar el trozo aceitoso sobre el papel. Dibujar la llenaba de energía, pero colorear calmaba sus nervios. No quería mirar hacia la puerta del consulado francés cada dos minutos, como si toda su vida

dependiese de ello... aunque, bueno, algo había de verdad en eso y se le revolvía el estómago al pensarlo.

El naturalista francés Claude Gay era su única salvación. Si él no la contrataba, la continuidad de Laura en el *Beagle* estaba en peligro.

Avecindado hace poco en Sudamérica y recientemente contratado por el Estado chileno, se le había encomendado investigar y elaborar una exhaustiva historia natural del país. Chile llevaba apenas un par de décadas armándose con mucha voluntad y pocos recursos, todavía con las esquivras frescas de la guerra de independencia en su bandera libre, y en ese complejo proceso la asistencia extranjera era ineludible, sobre todo de profesionales de cierta especificidad, que escaseaban en esta parte del continente. Británicos, franceses y prusianos eran los más convocados, la mayoría en labores de ingeniería, medicina y comercio, pero también hubo espacio para naturalistas. Era una suerte que en una república tan joven sus autoridades comprendiesen la necesidad de conocer científicamente su extenso territorio, y por razones tan diversas como registrar las distintas zonas climáticas, producir mapas medianamente certeros o conducir estudios geológicos que les permitiesen hacer un uso más eficiente de los minerales. Asimismo, se requería la descripción y categorización de cada animal nativo, de cada vegetal endémico, de cada flor... empresa para la que *monsieur* Gay precisaría de muchos ayudantes. Entre ellos, una ilustradora botánica trilingüe sería especialmente valiosa, o al menos esa era la apuesta del naturalista británico Charles Darwin, jefe directo de Laura en el HMS *Beagle*.

Antes de que se despidiesen y separasen en el muelle fiscal —Darwin comenzaría una anhelada expedición por tierra hasta Mendoza, acompañado solamente de uno de sus asistentes, esperando regresar para fines de octubre—, él había advertido a Laura que dar con el paradero de Gay no sería el verdadero desafío. Estaba optimista respecto de aquello, ya que le constaba que el francés estaría en las cercanías de Valparaíso para esas

fechas. Para lograr el cometido se tendría, según Darwin, que sortear otros tres escollos aún mayores: que Gay aceptara contratarla por un único lapso de tres meses, que aceptara pagarle la no módica suma de treinta libras esterlinas y, finalmente, que la aceptase en su equipo aunque fuese mujer.

En su infinita generosidad y espíritu revolucionario, el señor Darwin listaba el “ser mujer” como el último de los obstáculos. Bien sabía Laura que, en el mundo real, ese era, sin duda, el primero.

—Es una flor muy bonita —pronunció una voz dulce sobre su hombro.

Laura saltó del susto y casi se le escapó el crayón de las manos. Al voltear se encontró con una niña de unos diez años, de cabello castaño lacio, ojos muy azules y tez pálida, sonriéndole mientras balanceaba su vestido de tul y delantal rosa. Junto a ella, otra niña de idénticas características estiraba el cuello para husmear el portafolio.

—Lo es —respondió Laura, tensa por la aparición repentina, aunque logró esbozar una sonrisa cálida—, pero es una flor letal.

—¿Qué significa “letal”? —preguntó la otra, a todas luces hermana de la primera.

—Que si ingieres sus hojas, tallos o pétalos, podrías morir.

Sus gestos de asombro le recordaron a Laura cuánto le divertía la ingenuidad infantil, así como su curiosidad infinita, pero ese asombro pronto se transformó en rostros preocupados, hasta sombríos.

—Pero no se preocupen —añadió ella de inmediato—, pues a conejos, caballos y vacas en general no les apetece. Es una planta muy amarga. Se utiliza más bien en ceremonias indígenas. Hace unas semanas conocí a miembros de una tribu local, los aónikenk, quienes se especializan en la preparación de un concentrado de esta flor para un ritual muy interesante, el *Jamenke-kaañi*, el cual consiste en...

—¿Y usted ha dibujado todo eso? —la interrumpió la primera niña mientras apuntaba al portafolio, recuperando la tranquilidad después de escuchar ese “no se preocupen” e ignorando todo lo demás.

Laura archivó su magnífica historia sobre curanderos patagones en un cajón de su mente, suspiró y sonrió como si nada.

—Así es. Es mi oficio.

—Padre habría dicho que usted tiene *talento* —dijo su hermana modulando muy bien la última palabra, como si la hubiese aprendido hace poco—. A mí también me gustan sus dibujos.

—Muchas gracias —respondió Laura, sinceramente feliz por el reconocimiento espontáneo—. A mí me gusta tu lazo...

La niña se llevó una mano a la cabeza, tocando su accesorio. Su acompañante llevaba uno igual.

—Nos hubiese gustado un color diferente.

—¿No les gusta el rosa?

—Sí, pero queríamos que fuese negro —explicó, encogiéndose de hombros.

Laura demoró un segundo en asimilar.

—No es un color muy usual en la vestimenta infantil...

—Pero madre lo usa y a nosotras no se nos permite.

Les sonrió con los labios pegados, incómoda, como solía hacer cuando su mente iba más rápido que su capacidad de verborrea. Pensaba que hacía un buen tiempo no se topaba con hermanas gemelas, un misterio hermoso de la reproducción humana. Esperaba que algún día se descubriera el mecanismo exacto por el cual ocurría tal milagro. También pensaba en cómo es que dos niñas tan evidentemente europeas hablaban castellano con la naturalidad de un sudamericano, y por cuál triste razón podrían querer vestirse de luto...

—*Filles, s'il vous plaît. Ne dérangez pas la dame.*

Una mujer muy alta se acercó a ellas con apremio. Su advertencia, aunque en francés, traslucía un marcado acento chileno. Laura adivinó cuál era su ocupación tan solo por el distintivo

detalle de que llevaba una ruidosa *châtelaine* al cinto. También usaba unas gafas de medialuna en la punta de la nariz, sujetadas por una cadenilla finísima que rodeaba su cuello. El cristal derecho tenía una fisura.

Con gran agilidad, Laura guardó el crayón, dejó su portafolio sobre la silla y reubicó su sombrero sobre sus rizos, aunque dejó sueltas las cintas de amarre.

—No me han molestado, no se preocupe —le aseguró Laura tras una breve reverencia.

La recién llegada hizo un gesto de sorpresa.

—¿Habla usted castellano?

—Igual que usted.

—Disculpe mi confusión... Creí verla salir del consulado francés. A este edificio suelen apersonarse únicamente extranjeros.

—Estoy en el edificio correcto, entonces —sonrió la joven—. Mi barco llegó hace apenas unas horas. Es mi primera vez en Valparaíso.

La chilena tensó las cejas.

—Discúlpeme otra vez, no logro descifrar su acento...

—Llevar mucho tiempo fuera de casa tiene consecuencias —bromeó—. Mi nombre es Laura Villa-Smith. Y usted es...

—Oh, por supuesto, qué descuido. Fontanarrosa, Marta Fontanarrosa —pronunció con un leve movimiento de cabeza que no distinguía entre la culpa y una clásica reverencia. Luego se irguió entre las niñas y movió sus manos hacia ellas—. Le presento a lady Alisa y lady Fedora Rothschild.

Ellas tomaron las puntas de sus vestidos y se inclinaron. Laura les respondió con otra inclinación.

—Encantada de conocerlas.

—“Villa” —retomó la señora Fontanarrosa—. Es española, entonces.

—Padre español, madre inglesa —acotó Laura.

La sorpresa de la mujer pasó a expectación.

—¿Es usted ciudadana británica?

—Así es.

Laura notó en sus tres interlocutoras una creciente alegría y eso comenzaba a preocuparla. No estaba segura de si estaba frente a una amabilidad genuina o carantoña.

—¿De casualidad está usted buscando empleo?

—De hecho, sí —suspiró la ilustradora, recordando de golpe sus vicisitudes—. He venido al consulado justamente para intentar ubicar a...

Las niñas saltaron. La señora Fontanarrosa juntó las manos a la altura del pecho, como si hubiese recibido la mejor noticia del año. Laura no movió ni un músculo.

—¿No es magnífico? —exclamó la mujer con una mezcla improbable de ansiedad y alivio, ahora retrocediendo tres pasos para observar a la joven de arriba abajo con mayor detalle. No había mucha elegancia ni modernidad en su vestir, carecía de guantes o zapatos apropiados, pero al menos se veía aseada y ordenada—. ¿Ha sido instruida en algún conocimiento?

Por el tono utilizado, Laura entendió esa pregunta más bien como un ruego, y eso la dejó más confundida aún. Antes de que se animase a responder, Fedora apuntó al portafolio en la silla.

—Es una artista.

La señora Fontanarrosa observó desde lejos las páginas abiertas, que recibían de lleno la luz del atardecer. La ilustración sin terminar mostraba una flor rosácea en racimo al final de una rama con hojas opuestas, gruesas, de contorno lanceolado y color verde intenso, cada una con un nervio blanquecino bien marcado. En cada parte distintiva de la planta había un número. Abajo, en una cuidada caligrafía cursiva, podía leerse "*Nerium oleander*", y, a su lado, en manuscrita recta, "Adelfa".

El entusiasmo crecía.

—¿Una artista? ¿O es usted científica?

—Soy ambas —respondió Laura, reticente, pero al mismo tiempo con gran curiosidad por haber atraído sin querer la atención de esa pequeña audiencia respecto de su trabajo—.

Pertenezco al equipo naturalista a bordo del HMS *Beagle*. Hemos recorrido toda la costa chilena desde Tierra del Fuego.

No solía recibir esas muestras de interés de completos desconocidos, menos si iban acompañadas de alabanzas. Salvo su padre, no recordaba la última vez que alguien la había llamado “artista”. Muchas veces a través de los años había aceptado como norma las miradas displicentes de caballeros y damas, aludiendo a que el portafolio de una ilustradora no era digno de analizar. Incluso las personas comunes, aun viendo el despliegue de sus herramientas y en plena faena en campo abierto, no hacían preguntas; una mujer dibujando era un juego, un pasatiempo. Un hombre dibujando era un trabajo serio. Ese había sido el argumento oficial y la frase literal de la Academia Real de las Artes en su última carta de rechazo.

Laura levantó el portafolio y lo acercó a la señora Fontanarrosa, dejando que ella pasara algunas páginas. Vio muestras variadas de hojas, tallos y frutos diseccionados con gran detalle, arbustos exóticos, intrincadas denominaciones en latín...

—Nunca había conocido a una mujer científica —confesó la chilena, con un tinte de admiración en su voz que enrojeció las mejillas de Laura en un segundo—. Debe de ser muy inteligente.

—Me honra, pero ¿qué es exactamente lo que...?

—¿Tiene alguna experiencia en trato con infantes?

—Ehh... Algo, sí, pero...

—Sin duda una mujer tan preparada como usted cuenta con algún respaldo, digamos, una carta o credencial de labor anterior...

—Sí, por supuesto, y ya la he presentado al cóns...

—Se desenvuelve muy bien en castellano, evidentemente en inglés, y he notado que comprendió a la perfección cuando me dirigí a usted en francés. Fantásticamente adecuado. ¿Alguna otra lengua romance o germánica que domine?

—Ninguna otra —respondió, al tiempo que cerraba su portafolio y lo guardaba en su bolso de viaje—. Parte de la gracia de la ilustración es que no requiere dominio de lengua alguna

para comprenderla. Está al alcance de la percepción de cualquiera. Difumina las fronteras de países y clases sociales entre las personas.

El tono de la joven se enserió un ápice, porque tanta verdad lo ameritaba. La chilena asintió y la miró con repentino aprecio.

—No veo anillo de compromiso, pero tampoco doncella que la acompañe. ¿Es usted casada?

Laura abrió la boca por la sorpresa y luego no pudo evitar una risita. Le parecía tan jocosa como improbable la imagen de una mujer como ella rodeada de pretendientes.

—No viajo con doncella pues ya no estoy en edad de necesitarla —dijo, sin revelar exactamente a qué edad se refería, pues su mandato interno de honestidad podía convivir con un poco de vanidad—. Sé cuidarme muy bien sola.

—¿Le apetecen las manzanas? —interrumpió Fedora, con el mentón alzado y sus grandes ojos azules expectantes a la respuesta—. ¿Y frutillas? En nuestra hacienda crecen las mejores de la región... Eso dice el señor Bahamondes...

—Frutillas... ajá, *Fragaria chiloensis*... Aún no he tenido el placer de...

—La señorita Villa-Smith es linda —concluyó Alisa dando pequeños saltos, aunque sin despegar realmente sus zapatos del piso—. ¡A madre le gustará!

La ilustradora pestañeó varias veces, escudriñando los rostros frente a sí, tratando de entender qué diablos estaba sucediendo. Hasta que no se contuvo más.

—Espero perdone mi atrevimiento, pero siento como si hubiese respondido a una entrevista.

La risueña ama de llaves oriunda de la localidad de Doñihue, Marta Eugenia Fontanarrosa, sonrió ampliamente.

—Exactamente. Eso es lo que hizo.

Laura no emitió sonido por algunos segundos, que se le hicieron eternos. El movimiento en las oficinas era mínimo y

reinaba en el pasillo ese particular rumor casi imperceptible del oleaje de la costa pacífica a pocas cuadras.

¿Estaba siendo víctima de una broma? No podía ser.

—No entiendo. ¿Está ofreciéndome empleo? —moduló por fin, arrugando el entrecejo.

—Y espero, divina providencia mediante, que usted acepte —afirmó la chilena con ilusión. Antes de proseguir se dirigió a las niñas—. Alisa, Fedora, regresen por favor a la sala de espera. Su madre saldrá en cualquier momento de su cita y querrá verlas ahí.

—Sí, señora Fontanarrosa —dijeron al unísono—. Hasta pronto, señorita Villa-Smith —se inclinaron, y luego corrieron pasillo abajo hasta la puerta del consulado británico. Laura les sonrió de vuelta con alegría.

*Holy Newton!* Era su día de suerte...

—Es en extremo inusual encontrar a alguien que requiera de mis servicios —se ilusionó también Laura, retomando ansiosa la conversación y permitiéndose el entusiasmo—. La ilustración botánica es un oficio muy específico y no siempre se...

—No, no. No es eso lo que requiero de usted, o al menos no directamente —la detuvo la chilena con un evidente cambio de tono—. Quisiera ofrecerle un puesto de institutriz.

... pero nadie tiene *tanta* suerte.

—Oh —exhaló la joven británica, luchando con todas sus fuerzas para que su desencanto no fuese tan evidente. En cualquier caso, la señora Fontanarrosa estaba más concentrada en sus propios problemas. Había desaparecido hasta su sonrisa.

—Seré más enfática: estamos en la *urgente necesidad* de una institutriz y no hemos podido llenar la vacante —confesó, ya sin ocultar la angustia en su mirada—. Nuestra tutora anterior, la señora Díaz, ha renunciado hace poco y las niñas quedaron en el desamparo. En esta familia se sale de una tragedia para entrar a otra.

—Creí comprender que alguien ha fallecido —dijo Laura, bajando la voz en señal de respeto.

—¿Cómo lo sabe?

—Las niñas mencionaron que deseaban vestir de negro como su madre.

La señora Fontanarrosa suspiró y asintió con la cabeza gacha.

—El barón Rothschild —confirmó, mirando de reojo sobre su hombro para asegurarse de que estaban solas—. Murió hace casi tres meses.

—Lo siento mucho...

—La neumonía se lo ha llevado —se persignó, triste—. Pérdida calamitosa. Aún nos cuesta creerlo. Ha sido muy duro para todos en la hacienda, en especial para la baronesa. Muy repentino. Era un hombre amado. No conocerá nunca persona más afable que lord Craig Rothschild.

—Mientras más amado, más difícil será poner fin al duelo —empatizó Laura. Ella, por experiencia propia, lo sabía mejor que nadie—. Esos vacíos son difíciles de llenar.

—No en este caso —le aseguró la chilena, con el mentón débil, pero buscando su mirada—. El nuevo barón ya está en camino.

Los títulos nobiliarios era todo un mundo paralelo que, en general, a Laura la tenía sin cuidado, pero debía aceptar que era un sistema maquiavélico y aceitado de escalafones para asegurar que nunca existiesen vacíos de poder en el mismo estrecho círculo de iguales. Poco importaba la persona tras la etiqueta. A rey muerto, rey puesto.

Imaginó la presión que sentía la señora Fontanarrosa por mantener todo andando y que no se notaran grietas en la administración de la casa. No había tiempo para detenerse a llorar.

—La población aquí en Valparaíso aún es pequeña y quizá por eso no han dado con el perfil adecuado...

—Me es imposible contratar a una educadora chilena, me temo.

Laura prefirió no preguntar por qué.